

la hermosura comunicada á las criaturas según la perfección de cada naturaleza.

El CCIX es un discurso "pronunciado por el autor en el *Círculo Católico de México*, la noche del 19 de Enero de 1890." Este discurso, modelo en su género, galanísima muestra de erudición, es una ojeada general sobre la filosofía desde sus comienzos: se detiene después en reconocer los adelantos y notar los errores modernos: finalmente muestra el camino que debe seguirse para evitar tales errores, que es, volver á la filosofía del Angel de las Escuelas.

Acerca de los pensamientos sueltos, se necesita leerlos para estimar su valor. ¡Cuánto hay que estudiar en el hombre y qué digno de estudiarse!

El P. Cagigas ve á cada paso los extremos de grandeza y pequeñez del hombre, los enormes contrastes que ofrece á la inteligente mirada del observador; ve problemas casi insolubles, si no es con medios superiores á los pobres recursos de la razón. La sublime facultad de la inteligencia nacida para la verdad, ¿porqué está sombreada algunas ocasiones por la duda y en muchas obscurecida por la ignorancia? Mas el conocimiento mismo de nuestra pequeñez nos eleva á muy alta sabiduría. La voluntad, nobilísima por su naturaleza, irresistiblemente inclinada al bien, ¿porqué abate sus alas hasta llegar á mancharlas con inmundo fango? pero el conocimiento de tan triste miseria es poderoso medio para levantarse á la cumbre de celestiales virtudes. El humano corazón, centro de amores, y de castos goces ¿porqué abandona el amor de la verdad y del bien verdadero? ¿porqué sigue los caprichos que distraen de la verdadera felicidad?

Cuando solamente se ve nuestra suma pequeñez, sin atender á más relaciones, corremos peligro de hundirnos en los abismos de la desesperación: el hombre es, "ser miserable, ser contradictorio, ente infinitésimo." "Si echa el hombre

una mirada sobre su espíritu, ve que es una capacidad ilimitada pero vacía; si echa una mirada sobre su cuerpo, ve que por doquiera tiene límites." (IV). "El hombre es de suyo tan pobre y tan miserable, que necesita de las cosas exteriores, ruines y bajas para poder llamarse rico y poderoso" (VI). "El alma es una pobre cautiva enamorada de su cárcel." (VIII). "El hombre es muy desgraciado, porque es mayor su importancia que su ambición." (XIX). "La tristeza es una planta que roba al alma todo su jugo." (XXVII). Y así pudiéramos sin dificultad aducir ejemplos.

Otras veces se ve por tal manera nuestra grandeza, que nos alienta la grata esperanza de acercarnos á Dios. El platónico, ya ilustrado con los reflejos de la belleza cristiana, dice: "¡Ah, si conociéramos la riqueza de nuestras almas, si penetráramos en el seno de sus tesoros y pudiéramos numerarlos y contemplarlos por su orden!—Ven alma mía, más bella que el verbo de un ángel, más fuerte y más potente que la resultante de todas las fuerzas del Universo aplicadas á un punto; entra en ti misma, contempla tu esencia, mide tu pujanza." (Canto á la Belleza.)

Pero veamos al hombre diversamente agitado, hecho, por decirlo así, triste juguete de sí mismo: "El hombre es un monstruo de contradicciones: ama lo recto y se acuesta á lo torcido; busca incesantemente la verdad, como el lugar de su reposo y se encamina hacia el error, lugar de horrible agitación; le espanta el absurdo y lo abraza con amor; un apetito lo eleva hacia lo grande, otro lo arrastra hacia lo pequeño; un instinto de inmortalidad lo arrima á lo inmutable y eterno, y otro instinto de muerte lo inclina á lo caduco y tornadizo; quiere que todo le contente, y como nada le contenta, todo le aflige; aprende las ciencias y queda con las mismas incertidumbres que el ignorante; adquiere mil tesoros, mil honores y mil lauros y le afligen las mismas miserias y dolores que afligen á un labrador infeliz."



(XXVIII). "Todo lo que hay en la naturaleza nos trae un bien y un mal: la nube que riega los nutridores campos, arroja el rayo matador; el fuego que nos calienta, nos abrasa; la ciencia que nutre nuestras almas, derrama sobre ellas la semilla de la duda; la rama que nos cobija, amenaza desprenderse; los hombres que nos consuelan, nos afligen, el yo que tanto nos ama, nos atormenta." (LXVII).

El P. Cagigas, filósofo católico, no es pesimista; no es fatalista, explica en otros pensamientos el secreto origen de tantos males, el objeto de tantos bienes, la conciliación de tales contradicciones. "De nuestra primitiva naturaleza no vemos más que ruinas, pero estas ruinas nos muestran nuestra prístina grandeza." (LXXI). No existe más seguro refugio para un ser tan lleno de incertidumbres como el hombre, que la fe: ¿por qué la desprecia? (CXL). "¿Será posible, oh incrédulos, que el sujeto nobilísimo de estas miserias, la substancia dotada de mente que tan bien las conoce, haya nacido solamente, para vivir esta vida infeliz?" (CLVI).

Si además de los pensamientos sueltos, nos hubiera dado una filosofía metódica, forzosamente hubiera habido en ella algo de novedad, la novedad que dan á las ideas los pensadores de propia cuenta; pero discretamente adornadas con los galanos atractivos de una poesía original, poesía que es toda luz, color, armonía, hermosura; poesía objetiva, poesía subjetiva, admirable consonancia de ambas.

Con efecto; ¿qué cosa más prosaica que la teoría de la materia y forma? Y sin embargo, para la ardiente imaginación, para el entendimiento pensador del P. Cagigas, allí existe armonía sin límites, poesía de subidísimos quilates. La teoría de las formas debió parecer bellissimo sueño al gran Estagirita, y tal pareció á *la mente juvenil* de nuestro escritor. Léanse, vuélvase á leer, saboréense las páginas 31 y siguientes en que desarrolla su teoría.

No sabemos cuál sería su "nuevo sistema ideológico;" recordamos que alguna vez nos habló sobre esta materia, diciéndonos que iba á extenderse en explicaciones de cierto innatismo de las ideas. Y creemos adivinar que pensaba que, así como en la materia se encuentran todas las formas, por el modo que tan bellamente explicó en el *Canto á la Belleza*, así iba á buscar en la forma del alma los elementos, ó las razones, ó la capacidad, casi infinita de combinar esas razones adquisibles; pero, ¿cómo?... Se nos figura que buscaba y hallaba en el alma, algo así como aquellas notas dormidas de que en su oportunidad habla Becquer, y que esperan la mano de nieve que sabe arrancarlas.

Suponemos que con exquisita discreción, evitaría los escollos en que han tropezado los ontólogos, pues no sólo sabía la ciencia ideológica, sino que la enseñó, aunque ajustándose al Autor de texto.

Así hemos querido interpretar aquellas expresiones: "Tú grabaste en la materia todas las formas, y en el espíritu todas las bellas razones y las hiciste concordés, por tan admirable modo, que cada bella forma de la materia responde á cada bella razón de la mente, como la línea, el círculo, la parábola á sus ecuaciones."<sup>1</sup>

Así igualmente entendemos lo que el platónico, ya convencido y enamorado de la belleza por la explicación del cristiano; no queriendo pensar como antes, dice: "Tengo en mí mismo, me pertenecen quiza, más que mi cuerpo mortal, las razones de lo bello, y sé que están escondidas en mi alma, como las formas en la materia."<sup>2</sup> En otro lugar se lee: "de qué sirve que esta mónada tenga una representación del Universo, como creo contigo y con Leibnitz, si los miembros del cuerpo, desligados de la mente, son incapaces para hallar las formas preciosísimas que por modo ideal y me-

<sup>1</sup> Página 41.

<sup>2</sup> Página 43.



ramente inteligible existen en las almas?"<sup>1</sup> y finalmente, en la página 57, dice: "La luz, la sinfonía, la serenidad del aire, la quietud y silencio de los seres, la contemplación de los mundos lucíferos, despiertan las adormecidas ideas y hacen que el hombre sienta vivamente la indestructible armonía que existe entre la naturaleza y el espíritu, y que renazca su mutuo amor."

## III

## EL DISCURSO.

En el párrafo anterior, hicimos mención del discurso que pronunció el P. Cagigas, en el "Círculo Católico de México," la noche del 19 de Enero de 1890. Nos ha parecido conveniente dedicarle párrafo aparte.

Al leer este discurso, se siente cómo el autor va cautivando con sus valientes, con sus enérgicas frases que dan idea exacta de las generales tendencias de la filosofía antigua á la perfección científica y moral. No cabe duda; había muchos y muy lamentables errores; pero la razón se esforzaba en sacar á la sociedad del abatimiento en que la tenía prostrada el politeísmo y la divinización de las pasiones.

El cristianismo por medio de la revelación y de la gracia, resolvió de un golpe los más difíciles problemas que la filosofía apenas hubiera planteado, y nos puso en posesión de verdades que jamás hubiera sospechado.

En la lucha contra el paganismo, no despreciaron los sabios cristianos la antigua labor filosófica: cristianizaron la filosofía, y poco á poco llegaron á darle nueva y completa organización.

Cuando habla de la filosofía moderna, entiende la filosofía que hace gala de impía y ¡qué descripción! oigamos sus

<sup>1</sup> Página 55.

palabras: "¡Ah, señores, toda palabra es débil y pobre para describir esta filosofía! Esta filosofía se refleja en las ciencias y en la sociedad, y las ciencias y la sociedad se reflejan en ella. Jamás secta alguna filosófica había alcanzado tanto predominio, ni tan copioso número de espíritus se había uncido tan voluntariamente á sus coyundas. Arroja, como la estoica, friamente al suicidio y mueve á despreciar como la cínica, indigna y vergonzosamente el dulce bien de la vida: arrastra, como la de Epicuro, al contentamiento de los sentidos, y como la pirrónica, atormenta al espíritu con la indiferencia y el tedio, el abatimiento y el dolor. Quiere, como la ecléctica griega de los Porphirios, concertar hipótesis difíciles que no se consienten á semejantes tareas, concordar autores y doctrinas que no se compadecen ni con sus principios, ni con sus objetos, y que son muchas veces, por lo que mira á su índole y estructura, contradictorios: quiere resolver, en fin, y en esto porfía extremadamente, valiéndose de medios científicos, como suele decir, tenebrosos problemas que superan toda experiencia y todo poder racional. Ni paga su merced á la pobre razón, por sus labores arduas y continuas, ni se digna, al menos, llamarla operaria de la verdad; la azota si habla, y la reprende acerbamente si calla; la escarnece siempre, y la mofa en todas partes: por esto la que no ha un siglo todavía, fué reina omnisciente y absoluta, es ahora, y allí mismo, esclava miserable que vive de limosna, sin lumbre y sin hogar. Habrá menos de ocho años, señores, se dijo que la pobre meretriz que hizo el papel de diosa razón en la revolución pagana del pasado siglo, había muerto en un esterquilinio; decidme: ¿no ha acontecido esto mismo á la razón antes tan orgullosa, hoy tan humilde y tan pobre? La incredulidad de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y de Condorcet, la coronó, París y el mundo incrédulo la adoraron, con el mismo entusiasmo y sensualismo con que los gentiles adoraban á Venus Amathusia en Chipre y



en Corinto: pero vino la duda, la eterna fatídica, la prometida de este siglo incomparable, la sombra errante que con su aliento marchita ánimo y corazón, y tocó el altar de la diosa: esto bastó para derribarlo. El naciente positivismo la miró con desdén, y la misma corriente de la filosofía cristiana la envolvió en sus ondas, donde fué saeteada, por las cristianas y fervorosas manos de Bonald, Ventura de Ráulica y Donoso Cortés. El positivismo y el tradicionalismo, fueron el azote con que Dios vapuló á la deicida, á la que por largos años había batallado contra él y contra su amada porción.

“Si la filosofía pagana iba, á medida que se ensanchaba, despojándose de sus escorias y mancillas, la filosofía moderna, desde Descartes hasta aquí, va en evidente decadencia: así lo pregoná ella misma con furiosos gritos, mostrándose á los ojos profanos del vulgo, como un conjunto de todos los errores, como sentina de toda inmundicia, como tropiezo y ruina de todos los espíritus, y como laberinto donde el más avisado se confunde de súbito. ¿Qué cosa es para ella la moral, ora en las cátedras, ora en la sociedad que corrompe? La moral negativa del mulo y del jumento. ¿Qué es la estética? Un catálogo donde no entra para nada el análisis metafísico que la hizo tan grande, desde que le dió pomposo, aunque falso nombre un filósofo alemán, un catálogo, digo, de sus momentos históricos, como tuvo á bien hacerlo el más ingenioso de sus corifeos, Taine. ¿Qué es el mal? Una graduación del bien, como le llamó Textualmente no sé si Michelet ó Vacherot. ¿Qué es el hombre? Un autómeta que cree como la piedra del filósofo Spinoza, que se mueve porque quiere. ¿Qué es Dios? Un nuevo Proteo, forjado por Renán. ¿Qué cosa es para ellos causa final? Una quimera de los metafísicos. ¿Qué cosa es Providencia? Una quimera de los metafísicos. ¿Qué cosa es la virtud? Una quimera de los metafísicos y de los teólogos. ¿Qué es

la teología? Vano pasto de los espíritus débiles, como llamó á las matemáticas un ilustre orador francés. ¿Qué son la misericordia y la justicia divinas? Fantasmas que creó el temor, como diría, si resucitara, Lucrecio Caro. A semejantes aberraciones ha llegado esta filosofía, por haber dado de mano á la idea religiosa: ha retrocedido veinte siglos por haber visto con malos ojos á la religión. Mientras la filosofía griega iba haciendo á un lado la absurda teología y las tradiciones necias, medraba; mientras la filosofía moderna se aleja de la religión, mengua y se obscurece: aquélla huía de las sombras: ésta huye de la luz más apacible: de aquí que unos hayan progresado y otros anden tan desmedrados: de aquí que la moral alcanzara entre aquéllos, por sólo las humanas fuerzas, la relativa perfección que le dieron Séneca, Epicteto y Marco Antonio, y entre éstos sea un catálogo de asquerosos principios que subvierten todo orden y todo lo enseñan, menos el modo de cohibir las pasiones.”

Después de esta vivísima descripción que deja sabor delicioso en el ánimo, vuelve la vista á la filosofía tomística, la considera como llamada á dar nueva solidez á los espíritus, como en los días en que imperaba casi sola en el mundo. ¿Quién puede negar que haya tenido suficiente fuerza para resistir los rudos combates que se han empeñado contra la verdad religiosa, por los partidarios de la falsa filosofía? Hace el P. Cagigas las observaciones siguientes: 1.<sup>a</sup> “que el sistema tomístico, si permanece estacionario, como algunos maliciosamente afirman, es porque el objeto de sus disquisiciones, por lo que respecta á la intensidad de la idea, está en cierto modo agotado”.—2.<sup>a</sup> “Que los sistemas á él extraños han corrido la misma suerte que las herejías, en tanto que el tomismo permanece íntegro é inviolable como la Iglesia de Cristo.—3.<sup>a</sup> que todos los sistemas antitomísticos (se entiende que no me refiero al scotismo y al suaris-



mo), son incapaces, no sólo para mantener su autonomía é inmunidad, sino para resistir, como el tomismo, á los ataques de los sistemas contrarios".<sup>1</sup>

## IV

## CRÍTICA.

Hay que reconocer que el P. Cagigas fué dotado de excepcionales aptitudes para la filosofía: que era verdaderamente una esperanza para los que amamos los estudios filosóficos.

Nuestro juicio está suficientemente manifiesto en todo este capítulo; mas, para que no se crea que habla el afecto de compañero y amigo, recordemos que juzgaron muy favorablemente del P. Cagigas, los periódicos del país, no sólo católicos sino contrarios. Su nombre pasó los mares y mereció elogios de hombres tan competentes como el Excmo. Sr. Cardenal González, D. Marcelino Menéndez Pelayo y D. Eugenio de Ochoa.

En México se ocupó de él especialmente el Sr. D. Trinidad Sánchez Santos en las columnas del *Heraldo*.

En la edición ilustrada del "*Tiempo*", correspondiente al Domingo 22 de Julio de 1894, se publicó un artículo firmado por D. J. J. Alverdi, y tomado del "*Apéndice á las celebridades católicas de nuestra época*." El articulista aconsejaba al Sr. Balbín de Unquera, que no olvidase "la hermosa y simpática figura de Cagigas, muy digna de figurar en su brillante galería."

No puede hacerse más entusiasta elogio de nuestro joven y malogrado escritor, pues dice: "No había tenido todavía tiempo de terminar tan sabrosa lectura, rebotante en sabro-

<sup>1</sup> Páginas 207 y 208.

sos conceptos poco comunes, y cuya belleza de forma, competía con la sublimidad del fondo. . . . malograda inteligencia que tan risueña esperanza hiciera concebir. . . . No me ha sido dado leer más que sus *Pensamientos*, demostración gallarda de lo que, con el tiempo, hubiera sido capaz esta todavía tiernísima inteligencia. Pero, así y todo, muéstrase en ella filósofo y escritor de altos vuelos. Es tal el sello de originalidad con que estas cortas, pero sublimes páginas, están marcadas, que desde luego me atrevo á sostener que si la parca fiera no hubiera cortado el hilo de su existencia, antes de muy pocos años la fama de su nombre, pasando el mar, no hubiera tardado en circular por Europa entera."

